

## Colinas como elefantes blancos

Las colinas al otro lado del valle del Ebro eran alargadas y blancas. A este lado no había sombra ni árboles, y la estación quedaba entre dos líneas férreas, al sol. El edificio de la estación proyectaba una sombra cálida, y una cortina hecha de cuentas de bambú colgaba de la puerta abierta que daba al bar, para que no entraran moscas. El americano y la chica que iba con él estaban en una mesa a la sombra, fuera del edificio. Hacía mucho calor, y el expreso procedente de Barcelona llegaría en cuarenta minutos. Se detenía en ese empalme dos minutos y seguía hacia Madrid.

—¿Qué bebemos? —preguntó la chica. Se había quitado el sombrero y lo había dejado encima de la mesa.

—Hace mucho calor —dijo el hombre.

—Pidamos una cerveza.

—Dos cervezas —dijo el hombre, dirigiéndose al otro lado de la cortina.

—¿Grandes? —preguntó una mujer desde la puerta.

—Sí. Dos grandes.

La mujer llevó dos vasos de cerveza y dos posavasos. Colocó los posavasos de fieltro y los vasos de cerveza en la mesa y miró al hombre y a la chica. La chica contemplaba la línea de las colinas. Se veían blancas al sol, y el campo era marrón y árido.

—Parecen elefantes blancos —dijo.

—No he visto ninguno —dijo el hombre, y dio un trago de cerveza.

—No, no puedes haberlos visto.

—Podría haberlos visto —dijo el hombre—. Que tú digas que no puedo haberlos visto no prueba nada.

La chica miró la cortina de tiras.

—Hay algo pintado —dijo—. ¿Qué dice?

—Anís del Toro. Es una bebida.

—¿Podemos probarla?

El hombre gritó «Oiga» a través de la cortina. La mujer salió del bar.

—Cuatro reales.

—Queremos dos Anís del Toro.

—¿Con agua?

—¿Lo quieres con agua?

—No lo sé —dijo la chica—. ¿Con agua es bueno?

—No está mal.

—¿Los quieren con agua? —preguntó la mujer.

—Sí, con agua.

—Sabe a regaliz —dijo la chica, y dejó el vaso en la mesa.

—Es lo que pasa con todo.

—Sí —dijo la chica—. Todo sabe a regaliz. Sobre todo las cosas que has querido probar durante mucho tiempo, como la absenta.

—Oh, basta ya.

—Has empezado tú —dijo la chica—. Yo me estaba divirtiendo. Lo estaba pasando bien.

—Bueno, pues intentemos pasarlo bien.

—Muy bien. Yo lo intentaba. He dicho que las montañas parecían elefantes blancos. ¿No ha sido algo brillante?

—Eso ha sido brillante.

—Quería probar esta bebida nueva. Es todo lo que hacemos, ¿no? Mirar cosas y probar bebidas nuevas.

—Supongo.

La chica miró hacia las colinas.

—Son unas colinas preciosas —dijo—. La verdad es que no parecen elefantes blancos. Tan solo me refería al color de su piel a través de los árboles.

—¿Tomamos otra copa?

—Vale.

Un viento cálido lanzó la cortina de tiras contra la mesa.

—La cerveza es buena y fría —dijo el hombre.

—Es deliciosa —dijo la chica.

—La verdad es que se trata de una operación de lo más simple, Jig —dijo el hombre—. Ni siquiera puede decirse que sea una operación.

La chica miró al suelo, donde se apoyaban las patas de la mesa.

—Sé que no te afectará, Jig. No es nada, de verdad. Es solo para dejar que entre el aire.

La chica no dijo nada.

—Iré contigo y estaré todo el tiempo a tu lado. Tan solo dejan que entre el aire y luego todo es perfectamente natural.

—¿Y qué haremos luego?

—Luego estaremos bien. Igual que estábamos antes.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Eso es lo único que nos preocupa. Es lo único que nos hace infelices.

La chica miró la cortina de tiras, extendió la mano y cogió dos de las tiras.

—¿Y crees que luego todo irá bien y seremos felices?

—Sé que lo seremos. No debes tener miedo. Conozco a muchas personas que lo han hecho.

—Y yo —dijo la chica—. Y luego han sido muy felices.

—Bueno —dijo el hombre—, si no quieres no tienes que hacerlo. No te obligaría a hacerlo si no quisieras. Pero sé que es algo de lo más sencillo.

—¿Y lo quieres de verdad?

—Creo que es lo mejor. Pero no quiero que lo hagas si realmente no quieres hacerlo.

—¿Y si lo hago serás feliz y las cosas serán como antes y me querrás?

—Te quiero ahora. Sabes que te quiero.

—Lo sé. Pero si lo hago, ¿entonces podré volver a decir que las cosas son como elefantes blancos y que a ti te guste?

—Me encantará. Ahora ya me encanta, lo que pasa es que no puedo pensar en eso. Ya sabes cómo me pongo cuando me preocupó.

—¿Si lo hago dejarás de preocuparte?

—No me preocuparé por eso porque es de lo más sencillo.

—Entonces lo haré. Porque me da igual lo que me pase.

—¿A qué te refieres?

—A que no me importa lo que me pase.

—Bueno, a mí sí me importa.

—Oh, sí. Pero a mí no me importa. Y lo haré y entonces todo irá bien.

—No quiero que lo hagas si es así como te sientes.

La chica se puso en pie y se dirigió hacia el final de la estación. Al otro lado había campos de cereales y árboles en las riberas del Ebro. Más allá, pasado el río, estaban las montañas. La sombra de

una nube cruzaba el campo de cereales y la chica vio el río a través de los árboles.

—Y podríamos tener todo esto —dijo la chica—. Y podríamos tenerlo todo y cada día hacemos que sea más imposible.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que podríamos tenerlo todo.

—Podemos tenerlo todo.

—No, no podemos.

—Podemos tener todo el mundo.

—No, no podemos.

—Podemos ir a todas partes.

—No, no podemos. Ya no es nuestro.

—Es nuestro.

—No, no lo es. Y una vez que se lo llevan, ya no puedes recuperarlo.

—Pero no se lo han llevado.

—Bueno, espera y verás.

—Vuelve a la sombra —dijo el hombre—. No debes ponerte así.

—No me pongo de ninguna manera —dijo la chica—. Es solo que sé algunas cosas.

—No quiero que hagas nada que no quieras...

—Y que no sea bueno para mí —dijo ella—. Lo sé. ¿Podemos tomar otra cerveza?

—De acuerdo. Pero tienes que comprender que...

—Lo entiendo —dijo la chica—. ¿Podríamos, quizá, dejar de hablar?

La chica volvió a sentarse y miró las colinas, en el lado seco del valle, y el hombre la miró a ella y la mesa.

—Tienes que comprender —dijo el hombre— que no quiero

que lo hagas si tú no quieres. Estoy totalmente dispuesto a pasar por ello si significa algo para ti.

—¿Es que no significa nada para ti? Podríamos superarlo.

—Claro que significa algo para mí. Pero no quiero a nadie más que a ti. No quiero a nadie más. Y sé que es de lo más sencillo.

—Sí, sabes que es de lo más sencillo.

—Está muy bien que tú lo digas, pero yo lo sé.

—Y ahora, ¿podrías hacerme un favor?

—Haré lo que quieras.

—Por favor por favor por favor por favor por favor por favor por favor, ¿podrías callarte?

El hombre no dijo nada, pero miró las maletas colocadas junto a la pared de la estación. Tenían las etiquetas de los hoteles donde habían pernoctado.

—Pero no quiero que lo hagas —dijo él—, me da completamente igual.

—Voy a chillar —dijo la chica.

La mujer salió de entre la cortina con dos vasos de cerveza y los colocó sobre los posavasos de fieltro.

—El tren llegará en cinco minutos —dijo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la chica.

—Que el tren llegará en cinco minutos.

La chica dirigió una jovial sonrisa de agradecimiento a la mujer.

—Será mejor que lleve las maletas al otro lado de la estación —dijo el hombre. Ella le sonrió.

—Muy bien. Luego vuelve y nos acabaremos la cerveza.

El hombre levantó las dos pesadas maletas y rodeó la estación hasta las otras vías. Miró hacia donde se perdían las vías, pero no pudo ver el tren. Al volver cruzó el interior del bar, donde bebía la gente que esperaba el tren. Bebió un anís en la barra y miró a la gen-

te. Todos esperaban sensatamente el tren. Salió por la cortina de tiras. La chica estaba sentada a la mesa y le sonrió.

—¿Te encuentras mejor? —dijo él.

—Me encuentro bien —dijo ella—. No me pasa nada. Me encuentro bien.

## Los asesinos

La puerta de la cafetería Henry's se abrió y entraron dos hombres. Se sentaron a la barra.

—¿Qué desean? —les preguntó George.

—No lo sé —dijo uno de los hombres—. ¿Qué quieres comer, Al?

—No lo sé —dijo Al—. No sé qué quiero comer.

Estaba oscureciendo. El alumbrado se encendió al otro lado de la ventana. Los dos hombres sentados a la barra leyeron el menú. Nick Adams los observaba desde la otra punta de la barra. Estaba charlando con George cuando entraron.

—Tomaré lomo de cerdo asado con salsa de manzana y puré de patatas —dijo el primer hombre que había hablado.

—Todavía no está preparado.

—Entonces, ¿por qué demonios lo pones en la carta?

—Es la carta de la cena —les explicó George—. Se empieza a servir a las seis.

George miró el reloj de pared que había detrás de la barra.

—Son las cinco.

—El reloj marca las cinco y veinte —dijo el otro hombre.

—Va veinte minutos adelantado.

—Oh, al diablo con el reloj —dijo el primero—. ¿Qué tienes para comer?